

**En las excavaciones del colegio se ha encontrado el tiempo**

Era invierno y el frío gélido y cortante hacía que mis pasos se convirtieran en zancadas rápidas y ágiles, hasta el punto de correr para llegar lo más rápido a casa y no quedarme congelada a mitad de camino.

Caminaba por las calles solitarias, pensando simplemente en llegar viva a mi destino cuando, al pasar por la gran puerta que daban a las obras del colegio, sopló un viento cuya fuerza hizo que mi gran bufanda convertida ahora en un trozo de hielo, volara por encima de mi cabeza y llegara a parar al interior de las obras. No, no me podía detener; pero mi garganta ahora estaba completamente al descubierto y me hacía dudar de si podría llegar a casa. Por lo que, sin pensármelo dos veces, salí disparada lo más rápido que me permitían las piernas en busca de la prenda que, de algún modo, era la diferencia entre mi salvación o congelación instantánea.

Y, cuando ya la creía perdida, allí la encontré. En el suelo tirada, en medio de la tierra removida, ahora cubierta por un manto de nieve y hielo. Tan rápido como pude llegué hasta el lugar, pero mis ansias de agarrarla de una vez por todas, hizo que me despistara y resbalara. Me deslicé hacia delante, cual cubito de hielo, y tras un duro golpe en el trasero, me encontré en el interior de uno de esos túneles que tanto habían llamado la atención desde que empezaron las obras.

Bueno, al menos mi situación había mejorado. El frío era soportable y había recuperado mi querida bufanda helada.

Empecé a adentrarme en el interior, y, cuando ya estaba bastante dentro, decidí apoyarme en una de las paredes para descansar. Pero, al reposar la cabeza, me cayó encima un objeto, que por su peso sabía que no era un ladrillo, pero igualmente seguía siendo pesado. Lo observé y lo cogí. Era cuadrado, y tiene un botón de pausa, y uno de retroceder. Decidí darle al último de estos, y al instante, me volvía a encontrar en la calle con el mando y la bufanda.

Que extraño, o era un objeto mágico o en realidad estaba en el suelo, todo aquello no había pasado y eran imaginaciones causadas por el congelamiento. Por ello, decidí darle otra vez, esta vez más tiempo. Cerré los ojos y al volver a abrirlos estaba sentada en mi silla de mi habitación.

Bueno, si no era real, al menos era divertido. Mi madre llamó a la puerta y me dijo que había pasta para cenar. Que raro, eso pasó ayer.

Entonces lo entendí. Con ese modo podías retroceder en el tiempo. Podía ser útil, si se utilizaba de forma inteligente. Mañana tenía un examen de biología, así que lo dejé y me puse a estudiar.

A la mañana siguiente, estaba sentada en mi clase, y un sudor frío me recorría la frente, las preguntas... iba a suspender. Pero, ¿por qué suspender cuando se puede aprobar? Toqué el botón y me volví a encontrar en mi cuarto frente al grueso libro. Ahora sabía que tenía que estudiar, por lo que no me preocupaban.

Por segunda vez, la profesora repartió el folio, y yo, felizmente, rellené todas las preguntas con la intuición de que iba a sacar muy buena nota.

Los próximos días, semanas, meses... fueron bastante fáciles. Cada vez que algo me salía mal, con solo apretar un botón podía rectificarlo. Pero algo pasaba. No era feliz, todo era irreal. No

era divertido vivir dos veces el mismo día, y, entonces, pulse el botón durante diez segundos. Allí estaba de nuevo, con el frío congelándome las entrañas me palpé la garganta, todavía seguía la bufanda. Cuando sopló el viento, la agarré bien para que no se soltara y al pasar por la puerta eché un vistazo a las obras. Esta vez no iba a entrar, seguramente podría haber sido la persona más poderosa del mundo sólo con eso, con un simple mando. Pero no, no quería. Pasé de largo, y entonces lo entendí. Cada día hay que vivirlo, solo una vez, y lo mejor posible. Sonriendo, siendo feliz, incluso en los momentos complicados; porque cada día es un nuevo reto y una sorpresa, y no sabes lo que te espera. Sólo se vive una vez, y no dos.